

INTRODUCCIÓN

«Me pareció oír una voz de lamentación salida de la Edad de Oro, que me dijo que somos imperfectos, que estamos incompletos y que no somos como una hermosa tela tejida, sino como un lío de cuerdas anudadas y arrojadas a un rincón (...) Las hadas y los espíritus más inocentes moraban en su interior y se lamentaban de nuestro mundo caído en el lamento de los juncos agitados por el viento, en el canto de los pájaros, en el quejido de las olas y en el dulce canto del violín» (W. B. Yeats)¹.

La tensión entre lo que es y aquello que nos gustaría que fuese el mundo, aquello que no somos y nos gustaría llegar a ser, nuestros anhelos y ensueños frente a la servidumbre de los hechos, la nostalgia por los paraísos perdidos y las edades de oro soslayadas por eras posteriores de catástrofes y medianía o los esquemas sociales y políticos de perfección esbozada en un borrador de orden irreal y quimérico confrontados con la penuria de lo cotidiano. Así es la utopía, un no-lugar, una imagen fugitiva y evanescente de un mundo de venturosa felicidad, alternativa crítica al orden sociopolítico, económico y cultural propio de cada momento. Siempre al límite, fugaz y difícil de definir –sometida a un profundo desgaste por el uso popular y por las controversias filológicas y conceptuales del ámbito académico–, la utopía es un patrón de excelencia de los modelos sociopolíticos y económicos al que nada resulta ajeno. Con independencia de que adopte la forma de literatura de viajes fantásticos a lugares de idílica armonía, que se revista de la función de instrumento reflexivo y novedoso de crítica ideológica o del contenido de elocuente manifiesto del moralismo político e incluso que encubra una herramienta perenne y simbólica para transmitir conocimientos, el toque optimista del pensador utópico

¹ W. B. YEATS, *El crepúsculo celta. Mito, fantasía y folclore*, Ediciones Obelisco, Barcelona 2007, 112 y 113.

alcanzaría todos los ámbitos de la existencia. La condición humana, el amor, el trabajo, la familia, la guerra, la propiedad privada, la educación y la religión son sólo algunos ejemplos del amplio catálogo de cuestiones esenciales de la filosofía política y la antropología filosófica que contemplarían con una mirada imaginativa los esmerados prototipos de felicidad humana. Estos vuelos de la imaginación relativos al orden de perfección siempre contemplan el estandarte del ideal desde ángulos profundamente innovadores. De su investigación académica se encarga un ámbito del conocimiento científico, el estudio del pensamiento utópico.

El pensamiento utópico, además, mantiene vínculos con el pensamiento político y con el conjunto de ideas y de propuestas para la práctica política de diversas ideologías. Una de ellas, el conservadurismo, es presentada convencionalmente como la negación de la utopía. La teoría política conservadora estaría caracterizada por su defensa de la continuidad de los vínculos que mantenemos con el pasado, por el importante papel que desempeña la experiencia para conducir con éxito los asuntos públicos y privados –puesto que la sabiduría no descansaría en abstracciones teóricas, abstractas y universales sino en el caudal de conocimientos transmitidos e incrementados intergeneracionalmente–, por el pesimismo antropológico y por el carácter orgánico de las sociedades. Esta conversación con la tradición se mostraría escéptica respecto de los borradores que pretenden erigir un orden nuevo para la política y la sociedad al coste de suprimir todo lo anterior. Al mismo tiempo, la mentalidad conservadora aboga por el gradualismo en el cambio social, la intuición, la conciliación de intereses y el pacto como la mejor forma de entender la política. Política que adoptaría para el conservador la forma de un taller artesano y no la de un laboratorio cartesiano de planos perfectos emanados de la razón humana. Frente al boceto para construir un futuro excelso y la convocatoria utópica al ideal de la perfección, el conservadurismo –asevera el consenso académico convencionalmente establecido– opondría su apego al principio de realidad y su rechazo a la fantasía. En consecuencia, no habría lugar para la utopía en el seno de la mentalidad política conservadora. O no debería haberlo, puesto que no es una cuestión pacífica.

Por ese motivo, porque no es una cuestión definitivamente clausurada, en las siguientes páginas aspiro a demostrar la existencia de

una utopía conservadora. Una latencia utópica que subyace en el conservadurismo y que permite rebatir la convención académica firmemente asentada que equipara ambas tradiciones políticas como arquetipos del idealismo y del realismo, respectivamente, y las haría irreconciliables entre sí. De esta manera, el supuesto desdén de la sabiduría política conservadora que contempla lo utópico como una premisa optimista pero irreal, progresista y totalitaria sería un reduccionismo ideológico caracterizado por dos elementos. En primer lugar, vincula la utopía con ideologías de izquierdas. Segundo, devalúa el pensamiento imaginativo como elemento de reflexión política. Por tanto, defender la existencia de una utopía conservadora es una afirmación provocadora que supone el intento de superar una relación polémica y aparentemente antitética entre dos ámbitos del pensamiento entendidos convencionalmente a modo de polaridad porque se suponen contrapuestos. En cada ideología –entendida como el conjunto de ideas que orientan la práctica política y no como una mistificación que encubre un estado de dominación o de defensa del *statu quo*– subyace una utopía porque todas las ideologías contienen una visión de un mundo mejor que aspiran a alcanzar. En ese sentido, en el lenguaje de la política el pensamiento conservador no sería distinto a las demás ideologías. En lugar de situar la utopía como una negación del presente y un proyecto destructor orientado a implantar un orden nuevo o recuperar un paraíso perdido en la noche de los tiempos, aspira a revelar el significado normativo de la política en el conjunto de tradiciones, valores e ideas transmitidas intergeneracionalmente. Un acervo de bienes inmateriales heredados del pasado que, enhebrado creativamente en una conversación con el pasado, permite la convivencia armónica, el desarrollo orgánico de las sociedades y el cambio gradual –antes que rupturista y traumático– de sociedades caracterizadas por el pesimismo antropológico, no porque el ser humano sea malvado sino porque es imperfecto moralmente y está limitado cognitivamente. Por tanto, en el corazón de la utopía conservadora descansa un anhelo de concordia. Anhelo que algunos pensadores conservadores formularían a través de sueños nostálgicos, otros lo situarían como un referente normativo de mejora personal y social por medio del lenguaje de la política contemporánea e incluso hubo quien consideró que quedaba plasmado en los regímenes políticos occidentales como un ideal alcanzable. La utopía, entonces, no equivaldría a la abolición de la política sino a una construcción creativa e imaginativa capaz

de ahondar en los problemas filosóficos, morales o políticos que afectan a una comunidad.

El objeto de esta monografía académica, en consecuencia, atiende a dos materias poderosamente vinculadas con el pensamiento político: el utopismo y la mentalidad conservadora. Se trata de dos discursos sobre lo político en sí mismo con incidencia en la práctica política. Para responder a la pregunta sobre la existencia de la utopía conservadora voy a recurrir al entrecruzamiento de ambos ámbitos del pensamiento por medio de una investigación interdisciplinaria. Me gustaría destacar dos facetas, a saber, el carácter académico de estas páginas y la referida interdisciplinarietà. Respecto de la primera –el academicismo–, esta obra es el resultado de la investigación científica que inicié durante la realización de mi tesis doctoral, felizmente culminada en 2017. Investigación que se ha beneficiado posteriormente de aportaciones, descubrimientos y estudios plasmados en una serie de artículos difundidos a través de publicaciones académicas, capítulos de libros y contribuciones a congresos científicos. El sentido discrepante y paradójico de esta investigación respecto de la trama interpretativa mayoritaria que contrapone utopía y conservadurismo exige necesariamente un soporte metodológico y científico para garantizar su pertinencia intelectual, su modesta contribución a la filosofía y teoría políticas y sus implicaciones teóricas. En segundo lugar, este esfuerzo reflexivo se reviste de un carácter interdisciplinario debido al auxilio de disciplinas afines que vienen a reforzar a las materias académicas tanto del estudio del pensamiento utópico como del pensamiento político –más concretamente en el ámbito de las ideologías– en su intersección entre la filosofía y la teoría política. Por tanto, se trata de una melodía, de una propuesta humilde que me ha acompañado a lo largo de los años y que he desarrollado y enriquecido con distintas contribuciones teóricas y con consejos recibidos de personas mucho más sabias que yo. Por este motivo, quisiera recordar que los defectos de la obra son exclusivamente del autor.

A continuación, para que esta introducción sirva de guía para la lectura, voy a proceder a exponer la estructura de esta investigación. El primer capítulo abordará la metodología y el marco teórico que van a permitir contextualizar la investigación acerca de la existencia de la utopía conservadora por medio del entrecruzamiento de las dos líneas de estudios mencionadas con anterioridad,

a saber, el pensamiento utópico y la mentalidad conservadora. No en vano, estos ámbitos académicos presentan particularidades formales y sustantivas así como afinidades teóricas y filosóficas. Por este motivo, con el objetivo de garantizar el rigor epistemológico de esta obra he adoptado un sesgo eminentemente filosófico —especialmente en sus manifestaciones de teoría y filosofía política para comprender las orientaciones intelectuales que delimitaron la historia de las ideas o del pensamiento— aunque auxiliado por un enfoque interdisciplinario que permita recurrir a ámbitos del conocimiento afines. De esta manera será posible contextualizar el pensamiento utópico y conservador en el ámbito de las expresiones filosóficas y políticas. Este capítulo permite explicar las distintas decisiones adoptadas para desarrollar el estudio de la controvertida relación entre utopía y pensamiento conservador.

A continuación, el segundo capítulo atiende al utopismo como objeto de estudio académico y, por tanto, permite exponer su carácter multiforme e inflacionario —debido en parte al escaso rigor con el que es utilizado por la cultura popular— así como sus distintas acepciones merced al debate filológico que plantean las distintas definiciones de la utopía. Añadiré tentativamente la tradición histórica de obras que podría conformar un acercamiento al compendio de obras y pensadores del pensamiento utópico. Se trata de un compendio operativo y funcional a efectos de este estudio. No trato en ningún caso de conformar un canon de las obras y autores que conforman la tradición utópica puesto que no existe un acuerdo académico al respecto y las reinterpretaciones de este compendio son continuas. Acompañará esta perspectiva histórica una exposición de las principales líneas teóricas de los estudios utópicos. Resulta también adecuado conocer el vocabulario empleado por el pensador utópico, por medio de una terminología específica —una retórica que incluye términos emparentados conceptualmente como distopía, antiutopía y contrautopía que gozan de una significación muy precisa—, clasificaciones y características concretas. Cabe preguntarse además si esta manifestación del pensamiento impecable puede aspirar a ser llevado a la práctica o, por el contrario, la búsqueda del anhelado paraíso desemboca inexorablemente en totalitarismos implacables.

El tercer capítulo servirá para precisar conceptualmente qué es el conservadurismo, cuál es su origen, qué vocabulario emplea el

conservador, cuál es su teoría política y qué antropología filosófica la sustenta. Más allá del carácter negativo, incluso peyorativo, que se ha conferido al conservadurismo, resulta preceptivo conocer este conjunto de ideas y prácticas propias de la política para entender su polémica relación con la utopía y, en última instancia, con la ideología. El lenguaje de la filosofía política conservadora no es uniforme y atiende a un conjunto de ideas vagas –más centradas en lo que rechazan que en proponer una ideología sistemática– pero susceptibles de análisis académico. De ahí que también sea posible dividir la filosofía política conservadora en diferentes escuelas con doctrinas concretas y vínculos históricos específicos con la práctica política pese al aire de familia que atraviesa este universo teórico y práctico.

Con la finalidad de justificar la afirmación que da sentido a esta obra, es decir, existe una utopía conservadora, el cuarto capítulo entrecruza ambas tradiciones académicas: el orden del ideal y el pensamiento conservador. Expuestas ambas tradiciones de pensamiento, destacaría por su centralidad la convención que postula el conservadurismo como reconciliación con lo existente y, al mismo tiempo, lo opuesto a la utopía. El estado de la cuestión permite comprobar qué autores resultan relevantes en el debate sobre la controvertida relación entre utopía y conservadurismo. La respuesta académica no es unánime. Para profundizar en este ámbito prometededor delinearé una relación de pensadores que niegan la existencia de una utopía conservadora –evidenciada en una selección de pensadores conservadores del ámbito anglosajón– y, por el contrario, aspiro a probar que sí es viable dicha latencia utópica en el seno del conservadurismo. A tal fin, esta apología queda dividida en dos apartados. En primer lugar, los autores académicos –tanto del ámbito de los estudios utópicos como los representantes del conservadurismo– que señalan que la utopía no sirve como criterio capaz de fijar la adscripción ideológica ni política. En segundo lugar, he seleccionado tres autores –C. S. Lewis, G. K. Chesterton y H. P. Lovecraft– cuyas obras literarias, de relevancia para la historia de las ideas y del pensamiento, acreditan la presencia de la utopía en el ideario político conservador. Se trata de autores cercanos cronológica y geográficamente, puesto que los tres pertenecen al ámbito anglosajón, nacieron a finales del s. XIX y desarrollaron su trayectoria intelectual durante la primera mitad del s. XX. De esta

manera, aspiro a evidenciar la presencia de la utopía conservadora en la historia del pensamiento, que iluminó la producción intelectual de autores relevantes, tanto académicos como literatos. No pretende ser una relación pormenorizada de pensadores sino una propuesta tentativa que permita centrar la cuestión con el objetivo de abrir una nueva perspectiva. En consecuencia, tras exponer este compendio orientativo de autores, espero acreditar que la relación antagónica entre conservadurismo y utopismo obedecería a posibles errores de orientación y de enfoques conceptuales motivados por reduccionismos terminológicos e ideológicos.

Finalmente, el recorrido por los caminos del idealismo político y de la ideología de la conservación y la permanencia permite clausurar la tarea emprendida con la justificación de la existencia de la utopía conservadora. El presente trabajo pretende así abrir una perspectiva novedosa en un ámbito que debería estar lejos de admitir una respuesta unánime y definitiva. Concluyo este prolegómeno con una invitación al lector para que se sume al recorrido por los senderos académicos de la imaginación conservadora y de los modelos de la perfección política.

BIBLIOGRAFÍA

YEATS, W. B., *El crepúsculo celta. Mito, fantasía y folclore*, Ediciones Obelisco, Barcelona 2007.